

no y nos explicaba las Escrituras? Así conociéron estos discípulos en la fraccion del pan, al que no habian conocido en la esposicion de la Escritura.

En aquel mismo dia de la resurreccion del Salvador, siendo ya tarde, estaban los Apóstoles en una sala con las puertas cerradas por miedo de los Judíos. Jesus se apareció, y poniéndose en medio de sus discípulos, les dijo: La paz sea con vosotros; yo soy, no temais. Los Apóstoles no podian comprender como una sustancia corporea pudiera penetrar por rendijas imperceptibles, y por eso se turbáron de temor y susto, creyendo veian alguna fantasma. Jesus les dijo: ¿Porqué estais turbados, y se levantan tantos pensamientos en vuestros corazones? y para manifestarles su naturaleza corporea añadió: Mirad mis manos y pies; el mismo soy; tocad y considerad que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. La transportacion de gozo y de admiracion en que se hallaban los discípulos, no les permitia dar testimonio de su entera creencia, y Jesus quiso darles otra prueba. ¿Teneis aquí algo de comer? les preguntó: y ellos le presentáron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Jesus comió delante de ellos, y luego les distribuyó lo que habia sobrado, diciéndoles: Ya veis verificado lo que os dije estando aun con vosotros: que era necesario se cumpliesen todas las cosas que de mí están escritas en la ley de Moises, en los Profetas y en los Salmos. Los diez Apóstoles que estaban presentes creyéron ahora la realidad de lo que veian: ¿cómo podrian negar que era cuerpo en el

que se mostraban vivas señales de heridas? ciertamente no podian dudar; porque lo que se ve es corporeo, lo que se palpa cuerpo es, y el que come tiene cuerpo en realidad. Jesus les dijo otra vez: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Esto es, así como mi Padre me envió á este mundo, no para gozar de sus placeres, sino para enseñar, para sufrir persecuciones, derramar mi sangre por la salvacion de muchos, destruir el pecado, vencer la cautividad, y abrir á los hombres las puertas del cielo; así tambien yo os envío á enseñar á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á sufrir persecucion por mi nombre, y sellar con vuestra sangre la verdad de mi Evangelio. Y ved aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Jesus sopló entónces sobre ellos y añadió: Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, les quedan perdonados; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos. Y habiendo dicho esto, desapareció.

Los discípulos que habian visto á Jesus en el castillo de Emmaus se levantáron de la mesa en aquella misma hora que Jesus se les desapareció, y volviéron á Jerusalem, deseosos de comunicar á los Apóstoles y á sus condiscípulos una nueva tan gloriosa: mas llegaron á la ciudad despues que el mismo Jesus se habia aparecido tambien á sus Apóstoles. Estos saludáron á los reciénvenidos diciéndoles: Verdaderamente ha resucitado el Señor. Los dos discípulos, mas contentos

con la confirmacion de lo que habian visto, que con la sorpresa que esperaban causar con su primera noticia, refirieron á los otros todo lo que les habia sucedido en el camino, y como conocieron á Jesus al tiempo de partir el pan. Los Apóstoles partiéron al dia siguiente para Galilea, en virtud del mensaje que les habia traído la Magdalena, y fuéron al monte adonde el Señor los habia mandado.

Tomas, uno de los doce Apóstoles, no estaba en la sala cuando vino Jesus; y luego que volvió, le dijéron los otros que habian visto al Señor, mas él no lo quiso creer. A primera vista parece sumamente extraña la incredulidad de este fiel discípulo: como Apóstol, habia oido á Jesus todos los misterios que les descubria á los doce, y las profecías que les anunciaba con respecto á su persona; su entrega á los Judíos por un traidor de entre ellos, su pasion, su muerte, su resurreccion y vuelta á su Padre celestial; él sabia que el cuerpo de Jesus habia sido puesto en el sepulcro y cerrado con una pesada losa; él habia oido á las tres piadosas mugeres, que yendo al lugar del sepulcro, le habian hallado abierto, el cuerpo removido, y que dos Angeles las habian informado de su resurreccion; él sabia que Pedro y Juan, las dos personas mas distinguidas del Apostolado, fuéron luego, entráron en el sepulcro, y halláron en él los lienzos en que estaba envuelto el desaparecido cuerpo; él habia visto volver á la amorosa Magdalena llena de gozo por haber visto y hablado con su Señor; él oia referir á los dos discípulos de Emmaus como se les habia

manifestado el Señor en aquel castillo; y ahora oye á todos los otros Apóstoles confesar unánimemente que el Señor habia estado entre ellos, y comido á presencia de todos: sin embargo de todas estas pruebas, Tomas dice: A no ser que vea en sus manos la herida de los clavos, y que meta mis dedos en las hendiduras de las manos, y que meta mi mano en su costado, no lo creeré. Esta incredulidad de Tomas nó parece voluntaria; todas las circunstancias nos la muestran como dispensacion divina. Un Apóstol está ausente del Apostolado cuando Jesus viene á confortarlos con el Espíritu Santo; un fiel discípulo vuelve, oye y no cree; y este mismo discípulo ve despues, y duda; envuelto en duda palpa, y no cree hasta despues de haber palpado. La aparente incredulidad de Tomas establece con mas firmeza la verdad de la resurreccion de Jesus, que la unida creencia de los otros discípulos; porque si aquel Apóstol no se redujo á creer hasta despues de haberlo tocado con sus propias manos, nuestra mente, desechando toda duda, debe quedar mas afirmada en aquella fe tan probada. Ocho dias despues, estando los Apóstoles en Galilea, juntos todos en una misma sala y con las puertas cerradas como ántes, y el incrédulo Tomas entre ellos, vino Jesus otra vez, se presentó en medio de ellos, y con su acostumbrada salutacion les dijo: La paz sea con vosotros. Luego se volvió hácia Tomas, como si solo hubiera venido á este intento, y le dijo: Tomas, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; estiende tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Tomas, lleno ahora de confusion al conocer la indiscrecion de sus palabras, exclamó : Señor mio! Dios mio! Tomas, le dijo Jesus, porque me has visto has creído ; bienaventurados los que no viéron y creyéron.

Jesus se mostró tercera vez á sus discípulos en la orilla del mar de Tiberiades. Estando el Apóstol Pedro cerca del mar, dijo á Tomas y á otros condiscípulos que estaban con él, que iba á pescar : todos quisieron acompañarle ; se fuéron con él, subieron á un barco, y tuviéron tendida la red toda la noche sin coger pez alguno. Luego que fué de dia, viéron en la ribera á un hombre en pie, sin conocer que era su divino Maestro. Jesus les habló y preguntó, si tenían algo que comer : muy descontentos con su mala suerte respondieron los Apóstoles, que habian estado toda la noche con la red en las manos sin haber cogido ni un solo pez. Tended la red al lado derecho del barco, les dijo Jesus y hallaréis pescado. Así lo hicieron, y tanteando luego la red sintieron que habia muchos peces enredados. Esta circunstancia maravillosa sugirió á Juan, el discípulo amado, que aquel hombre no podia dejar de ser Jesucristo, y llegándose á Pedro le dijo : Aquel es el Señor. Pedro lo creyó, y tomando su túnica se la ciñó, porque estaba desnudo. Luego comenzaron á tirar de la red para traerla al barco, mas no pudieron por la muchedumbre de peces; por lo que juzgáron mas acertado tirar de las cuerdas, y sacarla arrastrando á la orilla. Pedro se echó al agua, y vino nadando á tierra desde el barco,

que estaba distante como cien varas, mientras que los otros venian en el bote tirando de la red. Luego que llegaron á tierra vieron unas brasas encendidas, un pez sobre ellas, y pan al lado del fuego. Jesus les dijo : Traed ahora algunos peces de los que habeis cogido. Pedro fué al instante, y ayudado de los otros sacaron la red á tierra con ciento cincuenta y tres peces grandes; y aunque eran tantos y tan pesados, no se rompió la red. Venid, les dijo Jesus, y comed conmigo. Los discípulos se llegaron á comer, sin atreverse ninguno á preguntarle quien era, porque todos estaban persuadidos en que era el Señor. Cuando acabaron de comer, miró Jesus á Pedro y le dijo : Simon, hijo de Joná, ¿me amas tú mas que estos? Si Señor, respondió Pedro, tú sabes que te amo. Jesus le dijo entonces : Apacienta mis corderos. Segunda vez le hizo Jesus la misma pregunta, y segunda vez dió Pedro la misma respuesta. Jesus le preguntó tercera vez : ¿Simon, hijo de Joná, me amas? Contristado Pedro sumamente, viendo á su parecer dudada su asercion, sin saber qué pensar de una pregunta tan repetida, respondió modestamente : Señor, tú que sabes todas las cosas, tú sabes que te amo. Jesus le respondió : Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñias é ibas adonde querias; mas cuando fueres viejo, otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Esto le dijo Jesus anunciándole con qué muerte habia de glorificar á Dios. Ultimamente le dijo Jesus, sígueme : y Pedro fué detras del Señor.

*Ascension de N. S. Jesucristo.*

Despues de la gloriosa resurreccion por la cual nuestro Señor Jesucristo levantó á los tres dias, en su persona, el templo de Dios que habia sido destruido por la impiedad judáica, permaneció por cuarenta dias sobre la tierra revelando á sus discípulos grandes misterios, confirmando en su Iglesia grandes sacramentos. Durante este tiempo, nuestro bendito Salvador apareció varias veces, ya á todos sus Apóstoles congregados, ya á uno ú otro, ya á discípulos que no eran del Apostolado, ya á mugeres que le seguian movidas de una piedad la mas pura, fortaleciendo á todos en la verdad de su resurreccion de la que estaban dudosos. Jesus durante su vida habia enseñado la doctrina mas sublime y admirable; la habia comprobado con parábolas las mas apropiadas; habia confirmado su carácter divino y la verdad de su mision con estupendos milagros; y ahora despues de su muerte solo restaba iluminar á sus discípulos y confirmarlos en la fe. Primero los convence de su resurreccion; luego les comunica el Espíritu Santo con un soplo; despues nombra Pastor á su Iglesia y encarga á Pedro de su rebaño, y últimamente los afirma tan eficazmente en su amor al Evangelio, que ni las cárceles ni las prisiones, ni el destierro, ni el hambre, ni el fuego, ni el cuchillo, ni las fieras, ni toda la crueldad de sus perseguidores fuéron bastantes para hacerles renunciar á la verdad ni á uno siquiera de

entre todos. Ahora pues vino la hora de subir al Cielo de donde descendió; llegó el cuadragésimo dia de su resurreccion, y apareciendo por la última vez á sus Apóstoles y demas discípulos, los llevó al monte de los Olivos. Estando en medio de ellos, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre. Vosotros, les dijo, recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda la Judea, en Samaria, y hasta las estremidades de la tierra. Dichas estas palabras, les dió su última bendicion, y en presencia de ellos se fué elevando magestuosamente, y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Los discípulos tenian los ojos fijos en él miéntras ascendia por el aire hasta que le perdiéron de vista; y á este tiempo aparecieron dos varones con vestiduras blancas junto á los Apóstoles, diciendo: VARONES GALILEOS ¿QUE ESTAIS MIRANDO AL CIELO? ESTE MISMO JESUS, QUE A VUESTRA VISTA HA SUBIDO AL CIELO, VENDRA DEL MISMO MODO, COMO LE HABEIS VISTO IR AL CIELO.

## LIBRO IV.

## LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES.

*Eleccion del Apóstol Matias.*

Quando el éstasis de admiracion que habia causado en los Apóstoles la Ascension de Jesucristo hubo pasado, se volviéron á Jerusalem desde el monte de las Olivas segun el mandado del Señor. Luego que entraron en la casa, subiéron al cenáculo, donde perseveraron unánimes en oracion con la Virgen María madre de Jesus y otras mugeres piadosas que la acompañaban. Durante este tiempo Pedro llamó un dia á todos los discípulos del Señor que estaban en la casa, que eran como unos ciento y veinte hombres, y puesto en medio de ellos, se levantó y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, que predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que fué el caudillo de aquellos que prendiéron á Jesus; el que era contado con nosotros, y tenia suerte en este ministerio. Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas, lo cual se hizo notorio á todos los moradores de Jerusalem; por lo que llamaron á aquel campo *Hacel-*

*dama*, que quiere decir, campo de sangre. Conviene, pues, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado arriba de entre nosotros, uno sea testigo con nosotros de su resurreccion. Entónces señalaron á dos, á Josef que era llamado Barsabas, y tenia por sobrenombre el Justo, y á Matias; luego oráron al Señor diciendo: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos de estos dos cuál has escogido para que tome el lugar de este ministerio y apostolado vacante por la prevaricacion de Judas. Luego echáron suertes, y cayó la suerte sobre Matias, y fué contado con los once Apóstoles.

*Descension del Espíritu Santo.*

Quando se cumplieron los dias de Pentecostes, se halláron de comun acuerdo todos juutos orando en un mismo lugar. Un repentino estruendo del cielo, como de viento que soplaba con impetu, llenó toda la casa en donde estaban sentados; al mismo tiempo aparecieron unas lenguas hendidas como de fuego, y reposáron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos de Espíritu Santo, y con el don de hablar en varias lenguas de las que ántes no tenian ni el mas leve conocimiento. A esta sazón se hallaban en Jerusalem varones religiosos de todas las naciones entónces conocidas, los que oyendo esta novedad maravillosa, acudiéron á oír á los Apóstoles de Cristo, y atónitos